

El discurso médico sobre la enfermedad y la salud en la era de la inteligencia artificial

O discurso médico sobre doença e saúde na era da inteligência artificial

The medical discourse on illness and health in the era of artificial intelligence

Ana María Valle Vázquez¹
Facultad de Filosofía y Letras UNAM
anavalle@filos.unam.mx

Marco Antonio Jiménez García²
Facultad de Estudios Superiores Acatlán
marcoacatlan@gmail.com

Resumen: El objetivo es reflexionar en torno al discurso médico sobre enfermedad y salud en la era de la inteligencia artificial (IA). Se asume que la IA se ha convertido en un modo de resolver los problemas sociales desde su inserción en el organismo biológico hasta la creación de órganos externos. Ante esto ¿qué es aquello no pensado, como diría Foucault en El nacimiento de la clínica, acerca de la salud, la curación, la enfermedad, la vida y la muerte a partir del discurso médico sobre enfermedad y salud en las condiciones de la IA? La perspectiva teórica-metodológica recupera el pragmatismo porque el discurso médico sobre enfermedad y salud, así como la IA son considerados no sólo como un objeto o un conjunto de datos e información sino como prácticas médicas y procesos cibernéticos estrechamente entrelazados con las formas de vida y la producción de verdad. La IA, vista desde el pragmatismo, permite reconocerla como una matriz fundacional de nuevos modos de existencia y veridicción.

¹ Facultad de Filosofía y Letras UMAM. Ciudad de México, México.

² Facultad de Estudios Superiores Acatlán UNAM. Estado de México, México.

Palabras clave: discurso médico; enfermedad-salud; inteligencia artificial

Resumo: O objetivo é refletir sobre o discurso médico sobre doença e saúde na era da inteligência artificial (IA). Supõe-se que a IA se tornou uma forma de resolver problemas sociais desde a sua inserção no organismo biológico até a criação de órgãos externos. Diante disso, o que é aquilo que não é pensado, como diria Foucault em *O Nascimento da Clínica*, sobre saúde, cura, doença, vida e morte a partir do discurso médico sobre doença e saúde nas condições da IA? A perspectiva teórico-metodológica recupera o pragmatismo porque o discurso médico sobre doença e saúde, bem como a IA, são considerados não apenas como um objeto ou conjunto de dados e informações, mas como práticas médicas e processos cibernéticos intimamente interligados com as formas de vida e a produção real. A IA, vista a partir do pragmatismo, permite-nos reconhecê-la como uma matriz fundacional de novos modos de existência e veridicção.

Palavras-chave: discurso médico; doença-saúde; inteligência artificial

Abstract: The objective is to reflect on the medical discourse on disease and health in the era of artificial intelligence (AI). It is assumed that AI has become a way of solving social problems from its insertion in the biological organism to the creation of external organs. Given this, what is that which is not thought, as Foucault would say in *The Birth of the Clinic*, about health, healing, illness, life and death from the medical discourse on illness and health in the conditions of AI? The theoretical-methodological perspective recovers pragmatism because the medical discourse on disease and health, as well as AI, are considered not only as an object or a set of data and information, but as medical practices and cybernetic processes closely intertwined with the forms of life and the actual production. AI, seen from pragmatism, allows us to recognize it as a foundational matrix of new modes of existence and veridiction.

Keywords: medical discourse; disease-health; artificial intelligence

Le debemos un gallo a Asclepio

Sócrates

Presentación

Una de las preguntas centrales de este texto es ¿qué es aquello no pensado, como diría Foucault en *El nacimiento de la clínica*, acerca de la salud, la curación, la enfermedad, la vida y la muerte a partir del discurso médico sobre enfermedad y salud en las condiciones de la inteligencia artificial? Es decir, se asume que la inteligencia artificial produce distintas maneras en las que el ser humano se relaciona consigo mismo, con la realidad, con la vida con otros seres humanos y otros seres vivos. Se busca problematizar la enfermedad y la salud, la vida y la muerte, los saberes y las prácticas médicas en las formas de vida que produce la inteligencia artificial. A partir de este campo problemático se toma distancia de polémicas que parten de premisas irrefutables a favor o en contra de la inteligencia artificial, del “uso” de alta tecnología en las prácticas médicas, de la consulta médica a algoritmos que dicen y miran algo sobre la salud y la enfermedad humana. En la era de la alta tecnología que hoy se vive, no se puede negar que las condiciones de vida y muerte, así como de verdad y mentira que produce la inteligencia artificial, transforman el discurso médico sobre la enfermedad y la salud.

En las últimas palabras de Sócrates: “Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo y no lo descuides” (PLATÓN, 1997, 118a) cabe la pregunta ¿por qué pagar un gallo al Dios que cura? Foucault en su curso *El coraje de la verdad* (2010, pp. 121-124), siguiendo a Dumezil y contrario a las interpretaciones tradicionales respecto a que Sócrates con su muerte se curó de la vida, dice que Critón y Sócrates se curan, el primero de no dejarse llevar por la opinión de todos y Sócrates se cura de no dejarse convencer por Critón de huir y evadir la muerte; la cura de ambos está en el vínculo que se establece con la vida y la verdad. A partir de esto interesa hacer dos señalamientos: 1) la inteligencia artificial produce formas de vida y verdad con las que el ser humano teje su existencia con el mundo; 2) las observaciones médicas y sus métodos están articuladas a las posibilidades de vida y verdad que produce la inteligencia artificial. La inteligencia artificial ha modificado, para médicos y no médicos, las formas de mirar la enfermedad y la salud, de alguna manera los algoritmos ponen a la vista otras maneras de relacionarse con los discursos médicos de salud y enfermedad. La inteligencia artificial muestra que la deuda con Asclepio aún está vigente, la enfermedad persiste y es la posibilidad de la superación de la propia decadencia, superación que puede estar encarnada en los algoritmos por los que fluye, se mantiene y se propaga la vida humana.

La vida humana que inevitablemente debe articular lo biológico con lo social, ante esto Canguilhem (2004, pp. 99-122) plantea que el organismo biológico tiene una finalidad en sí mismo y resuelve su problema existencial en su interior. Mientras que la finalidad para el sujeto en sociedad es exterior a él por lo que su problema existencial siempre se produce colectivamente. La vida humana articula su condición

orgánica biológica con los organismos sociales a través de los objetos técnicos con los que conforma un mundo. Los discursos médicos no sólo maniobran con lo orgánico biológico que es el cuerpo humano, también trabajan con lo social, pero, sobre todo, en la era de la inteligencia artificial, operan con los objetos técnicos que ensamblan y conforman la vida humana.

El modo de existencia de los objetos técnicos no es nada ajeno a lo humano a pesar de que, desde cierta filosofía y desde la bioética, se han establecido tribunales inquisitoriales, condenas absolutas y condiciones irrenunciables frente y contra la tecnología y, en particular, hacia la inteligencia artificial. Quizá porque como en todas épocas hay discursos que resisten o que se siente amenazados, no sólo con relación a lo que denominan “valores universales” sino principalmente a sus saberes y poderes, a sus prácticas discursivas y a sus verdades que consideran irremplazables ante las evidencias de una nueva reorganización del lenguaje, de los significantes y de los significados, que demanda las innovaciones tecnológicas y la inteligencia artificial.

¿Qué es lo que hoy mira el médico? ¿acaso cuerpos? ¿qué ha pasado cuando un robot realiza una operación quirúrgica? ¿simplemente la mano que dirige el bisturí ha sido remplazada por palancas y botones o conexiones eléctricas? Curiosamente a la máquina que realiza operaciones quirúrgicas se le ha llamado Da Vinci, en reconocimiento al “Caballero Mecánico” inventado por Leonardo Da Vinci en 1495. ¿Qué mira el galeno en su computadora cuando recibe los análisis clínicos de un paciente? ¿simples resultados estadísticos de pruebas de laboratorio o los cruces algorítmicos de infinidad de experiencias clínicas y analíticas? ¿el médico en realidad mira al cuerpo de carne, sangre y huesos? ¿qué es una tomografía, qué representa el uso quirúrgico del rayo laser? ¿cómo el médico diagnostica enfermedades con apoyo de la inteligencia artificial? Considerar apagar hoy el ChatGPT4 unos días para pensar bioéticamente ¿qué hacer para salvar a la humanidad?, es como si quisiéramos interrumpir la erupción de un volcán o retrasar un eclipse solar. Quizás se podría hacer, pero seguro que esto tendría sus consecuencias.

El texto que a continuación se presenta tiene por objetivo reflexionar en torno al discurso médico sobre enfermedad y salud en la era de la inteligencia artificial. Para ello el escrito está dividido en tres apartados: el primero ofrece una postura respecto a la inteligencia artificial, que, más allá de filias y fobias, es constitutiva de lo humano y en ella se establece un modo de existencia de lo viviente; en el segundo apartado se revisa el lugar de la inteligencia artificial en la mirada clínica, se pregunta por ¿cómo fue que se pasó del ojo antorcha, de la mirada linterna, al ojo laser, de la mirada cibernética?; finalmente se reflexiona sobre lo que puede llamarse medicina algorítmica en relación con la finitud y el lenguaje, se asume que la pregunta en torno a lo positivo y al algoritmo se enlaza con la finitud del hombre tal y como se le conoce hoy, y al mismo tiempo se admite que el lenguaje médico se reorganizó por las articulaciones de la vida con los algoritmos.

Inteligencia artificial y mantenimiento de lo viviente

La inteligencia artificial puede definirse formalmente como aquello que “busca entender, modelar y replicar inteligencia y procesos cognitivos, involucrando variables matemáticas, lógicas, mecánicas y principios y desarrollos biológicos” (FRANKISH y RAMSEY en VILLALBA, 2016, p. 139). Si se acepta esta definición, puede preguntarse ¿en qué parte de la vida humana no está comprometida la inteligencia artificial? La inteligencia artificial parece que no concierne únicamente al ámbito de la ciencia ficción, películas, series televisivas, noticias apocalípticas donde se presentan autómatas que sustituyen o destruyen lo humano. El debate conceptual sobre la inteligencia artificial es abierto y permanente, forma parte de su mismo proceso.

Si en un principio la inteligencia artificial podía ser reducida a objetos técnicos simples, de configuración abstracta como los que refiere Simondon (2007), en la actualidad dicha inteligencia se encuentra en los límites con lo biológico. Por ejemplo, las instrucciones que un automóvil proporciona a su conductor son una forma de inteligencia artificial, sin embargo, hoy los procesos de registros que sirven para conformar datos, que a su vez alimentan a los algoritmos de manera cibernética como un sistema neurológico que funciona con autonomía, pudiera ser lo más cercano a la inteligencia artificial. Parece ser que hoy vivimos *en forma con los objetos técnicos* del mundo, la vida biológica opera con la inteligencia artificial y ésta a su vez opera con la vida. El modo de existencia de los objetos técnicos, de la inteligencia artificial, es el modo de existencia de lo viviente. Sumado a lo anterior, recordemos con Foucault que: “Nietzsche decía que la verdad era la mentira más profunda. Lejos y a la vez cerca de Nietzsche, Canguilhem diría tal vez que la verdad es el error más reciente en el enorme calendario de la vida [...]” (FOUCAULT, 2013, p. 266) de esta manera la inteligencia artificial es la continuación de la verdad como forma de vida en la que está comprometida todo discurso médico.

Esposito en su libro *Bios. Biopolítica y filosofía*, menciona el caso de un niño que “afectado de gravísimas lesiones congénitas decidió demandar al médico que no había efectuado el diagnóstico correcto de rubeola a su madre embarazada impidiéndole así abortar conforme a su expresa voluntad” (ESPOSITO, 2011, p. 9), así Esposito se pregunta ¿cómo puede un individuo (niño) actuar jurídicamente contra la única circunstancia -la de su propio nacimiento (su propia vida)- que le brinda subjetividad jurídica? En otras palabras, la relación entre realidad biológica y personalidad jurídica, entre vida natural y formas de vida, entre inteligencia artificial y verdad, hoy presenta contradicciones aporéticas e indecibles, pero ineludibles.

Por otro lado, existen argumentos en contra de la tecnología, en general, y de la inteligencia artificial, en particular, como los que señala Constante “hoy tenemos pruebas avasalladoras de que las redes han degradado las relaciones reales; que muestran una violencia y va en aumento; que el odio parece permear cualquier interacción; y que el amor se desplaza como un fenómeno de uberización de los afectos” (2022, p. 2) Y, sin embargo, como el propio Constante afirma, en el mismo texto y citando a Deleuze “las sociedades de control son maquinarias de producción de miedos y de dispositivos para enfrentarlos” (CONSTANTE, 2022, p. 2). En consonancia con la *Recomendación sobre la ética de la inteligencia artificial* de la UNESCO (2021) “[...] las repercusiones positivas y negativas, profundas y dinámicas de la inteligencia artificial en las sociedades, el medio ambiente, los ecosistemas y las vidas humanas, en particular en la mente humana, debido en parte a las nuevas formas en que su utilización influye en el pensamiento, las interacciones y la

adopción de decisiones de los seres humanos afecta a la educación, a las ciencias sociales y humanas, a las ciencias exactas y naturales, a la cultura, a la comunicación y a la información, [...]” Más allá de filias o fobias sobre la inteligencia artificial, es necesario preguntar por los efectos y afecciones que se establecen entre la inteligencia artificial y las formas de vida. Siguiendo a Foucault, se puede decir que: “Durante milenios, el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles: un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal en cuya política [y tecnología] está puesta en entredicho su vida de ser viviente [tanto como su verdad]” (2012, p. 135) En principio habría que preguntar si lo virtual no es una forma de lo real, es decir, ¿qué acaso será que si la inteligencia es artificial significa que ha sido hecha por el ser humano y no por la naturaleza? lo cual podría implicar que lo humano no es naturaleza, o es algo distinto a ella, una “naturaleza aparte” que salió de la caverna para devenir un ser auténtico y verdadero. De hecho, la propia artificialidad de la inteligencia la coloca en un lugar sospechoso, distinto a la verdad, a lo real, a lo auténtico, próxima a lo falso, a la imitación o al simulacro. Lo anterior antes de abrir interrogantes para diagnosticar un asunto jurídico, médico y cultural fundamental para nuestra época, cierra toda posibilidad de investigación. Partir de que la inteligencia artificial es indigna de pertenecer al ámbito de lo auténtico es polemizar antes que problematizar.

Más allá de toda polémica que puede girar en torno a la tecnología, en general, y a la inteligencia artificial, en particular, se acepta que la inteligencia artificial es un ardid de la vida para mantenerse ella misma como energía que circula y transita de un lado a otro, de un mapa a un territorio, es un modo de agenciamiento del cuerpo, de la psique y de lo colectivo. La inteligencia artificial es una red informática externa, un sistema exo-somático que conecta tanto con el sistema nervioso central como con el sistema periférico. Las conexiones que se establecen con la inteligencia artificial son sensibles y sociales, orgánicas e inorgánicas. La inteligencia artificial es una continuación y un regreso simultáneo del pensamiento humano, un exterior y un interior del pensamiento. No se trata de un utensilio del cual nos valemos para modificar la naturaleza, sobre todo la humana, no es un perverso emplazamiento tecnológico que tarde o temprano se apoderará de la humanidad destruyendo la vida en el planeta o disponiendo al hombre a su servicio. Tampoco es la emancipación sagrada que conducirá al humano al paraíso perdido, ni es el vínculo divino que nos religará con Dios. La inteligencia artificial no es apocalíptica ni salvífica, se trata sobre todo de su condición política, de su acción política como toda ciencia y tecnología donde fluye la vida humana, con sus valores y deseos, con sus placeres y saberes, con sus relaciones de poder y sus procesos de subjetivación. Las tecnologías y en particular las diferentes formas de la inteligencia artificial son formas de vida en las que el ser humano se relaciona con el mundo. Winner en *La ballena y el reactor*, señala que:

La visión de las tecnologías como formas de vida que propongo tiene sus orígenes más claros en Karl Marx. En la primera parte de *La ideología alemana*, Marx y Engels explican la relación de la individualidad humana con las condiciones materiales de producción como sigue: «El modo como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado

modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son».

Aquí el concepto de producción de Marx es muy amplio y sugerente. Revela la total deficiencia de cualquier interpretación que considere el cambio social como un mero «efecto colateral» o un «impacto» de la innovación tecnológica. Mientras que indica medios de producción que mantienen la vida en un sentido inmediato y físico, la visión de Marx se extiende hacia una comprensión general del desarrollo humano en un mundo de diversos recursos materiales, herramientas, máquinas, productos y relaciones sociales. (WINNER, 2008, pp. 48-49).

La inteligencia artificial es humana, demasiado humana, por lo que es constitutiva de la manifestación de la existencia del hombre, puede decirse que todo proceso de humanización conlleva el vínculo que se establece con los objetos técnicos, que van desde un cuchillo, el instrumental médico, hasta el ChatGPT4, pasando por hospitales de alta especialidad y estaciones espaciales.

Toda producción, distribución, consumo y derroche de vida es un proceso constitutivo de cualquier forma de economía, donde la creación técnica y el quehacer científico cobran gran importancia. La alta tecnología y la inteligencia artificial, pueden penetrar cada rincón de la existencia humana, se puede decir que la vida humana circula como moneda viviente, recordando a Klossowski (1998). Las redes sociales, por ejemplo, son uno de los terrenos más fértiles donde circula, fluye, se transporta, se transforma y se propaga la vida humana. La inteligencia artificial, destruye y derrocha vida humana tanto como la produce y resguarda. Esta circulación de mercancía y monedas vivientes hace valorar, desear y simular la propia vida. En los valores, deseos y simulacros de la vida lo que ocurre es el consumo de la propia vida. La inteligencia artificial no está al margen de estas condiciones económicas (del mercado) y políticas (del vínculo). La inteligencia artificial es tan engañosa como la propia escritura. Incluso, la inteligencia natural, por llamarla de alguna manera, nada sería sin los artificios de las sensaciones y la razón.

Inteligencia artificial en la mirada clínica

A diferencia de la “habilidad artesanal” de romper un cráneo para estudiarlo, la medicina intentó en algún momento utilizar la medición precisa para encontrar la enfermedad y las anomalías. Se podría pensar con Foucault que, precisamente, la medicina moderna fue más heredera del trabajo artesanal, es decir que comparte mucho más un cirujano con un carnicero, que con un calibrador de pesos y medidas. La positividad, el carácter científico que se le quiso otorgar a la medicina fructificó poco dentro del sistema de las mediciones y de las comparaciones métricas y de peso.

A finales del siglo XVIII, ver consiste en dejar a la experiencia su mayor opacidad corporal; lo sólido, lo oscuro, la densidad de las cosas encerradas en ellas mismas, tiene poderes de verdad que no toman de la luz, sino de la lentitud de la mirada que las recorre, las rodea y poco a poco las penetra, no aportándoles jamás sino su propia claridad. La

permanencia de la verdad en el núcleo sombrío de las cosas está paradójicamente ligada a este poder soberano de la mirada empírica que hace de su noche día. El discurso racional [médico] se apoya menos en la geometría de la luz que en la densidad insistente, imposible de rebasar del objeto: en su presencia oscura, pero previa a todo saber, se dan el origen, el dominio y el límite de la experiencia. La mirada está pasivamente ligada a esta primera pasividad que la consagra a la tarea infinita de recorrerla en su integridad y de adueñarse de ella. (FOUCAULT, 1983, p.7)

Se puede decir que la pregunta médica moderna sobre el dolor trata sobre el dónde te duele y menos sobre el qué te duele. La palabra “dónde” señala la cosa, un lugar, lo cual implica que el saber del paciente poco o nada importa; en todo caso, la palabra “qué” no tiene que ver con el saber científico. Curioso encuentro en el siglo XIX de la cosa, del objeto y del enfermo con la palabra del médico “[...] entre las palabras y las cosas se ha trabado una nueva alianza que hace ver y decir, y a veces en un discurso realmente “ingenuo” que parece situarse en un nivel más arcaico de racionalidad, como si se tratara de un regreso a una mirada al fin matinal” (FOUCAULT, 1983, p. 5) El médico Pomme (1769), que Foucault refiere al inicio de *El nacimiento de la clínica* (1983, p. 1) encontró como estructuras elementales de los diferentes órganos, al prescribir baños de 10 a 12 horas por día durante 10 meses completos a una histérica, en contra del desecamiento del sistema nervioso y que reporta haber visto porciones membranosas parecidas a fragmentos de pergamino empapado desprenderse con ligeros dolores y salir diariamente con la orina; Pomme hubiera sido incapaz de describir y clasificar los 21 tipos de tejidos que Bichat, a finales del mismo siglo XVIII, encontró como estructuras elementales de los diferentes órganos. La medicina moderna hace aparecer lo invisible, abre la nuez y nombra sus partes, incursiona en el cuerpo, lo recorre espacio por espacio; pero, la mirada penetra cada rincón, cada intersticio del cuerpo, con una racionalidad que le otorga claridad a aquello que era oscuro. Sin embargo, se puede preguntar ¿cómo fue que se pasó del ojo antorcha, de la mirada linterna, al ojo laser, de la mirada cibernética? Se puede decir, parafraseando a Foucault (1983), que el nuevo discurso médico no es otra cosa que una reorganización algorítmica de la enfermedad y de la salud, en la cual los límites de lo que se percibe y no se percibe, de la verdad y de la falsedad, siguen nuevos trazos.

Efectivamente la cuestión sigue siendo hoy la del lenguaje, la vida y el trabajo, pero ¿qué es el lenguaje en un mundo donde la inteligencia, el conocimiento y el saber son artificiales? Por ejemplo, cuando se charla o se conversa a través de un chat, ¿qué es la vida biológica y social en un ambiente cibernético? como vivir en un edificio inteligente o moverse con implantes cibernéticos, ¿qué es el trabajo cuando la economía, la mercancía y el consumo es parte de nuestra existencia permanente y cotidiana? como se hace en plataformas de videoconferencias como el *Zoom* y, en general, el *Home Office*. ¿Quién recuerda las prescripciones médicas del siglo XVIII? ¿a quién le interesa la medicina del siglo XX? ¿Dónde quedó la palabra que se confundía con la cosa? ¿dónde quedó la racionalidad científica nacida en el siglo XIX?

En el siglo XVIII de lo que se trata es de la percepción que el médico tiene del enfermo, una percepción ideal que poco o no nada tiene que ver con el sujeto. En los siglos XIX y XX el asunto corresponde a una racionalidad científico, crítica y lógica que se encuentra con algo desconocido pero que no intenta reducirlo

a su potente y fantástica imaginación, que no reduce al enfermo a pergaminos húmedos, a rollos de membranas desprendidas del intestino o del útero. No hay apoyo perceptivo de “los fantasmas”. Es una racionalidad científica crítica y analítica que describe, diagnostica y prescribe, acá hay apoyo perceptivo, se habla de lo que se ve. Si se muestra la garganta irritada y se señalan pústulas blancas en el fondo, éstas están efectivamente ahí, son visibles, lo mismo que un tumor y un ganglio inflamado, los diferentes tejidos son visibles tienen, por así decirlo, existencia orgánica y función.

La medicina actual no requiere de la percepción de fantasmas, no requiere de instrumentos de calibración de pesas y medidas, no necesita de una racionalidad científica, crítica y analítica de los cuerpos ni de una estadística elemental ni de una ley de probabilidades mecánicas. Hoy en el siglo XXI, por lo contrario, todo se trata de un juego vertiginoso de algoritmos en movimiento perpetuo que vinculan su diagnóstico al dinamismo del mercado y del consumo. No es el descubrimiento de la medicina cibernética, de una novedad o de un invento que devino en innovación, sino de una reorganización de la vida y del lenguaje por otros medios, los de la llamada inteligencia artificial. Sería posible pensar que, así como fracasó la concepción médica que intentó justificarse en la precisión científica de la balanza y triunfó en la experiencia y el saber médico del conocimiento positivo y artesanal del cuerpo, ahora de igual modo la experiencia y el saber médico, sostenidos en la inteligencia artificial y en los avances tecnológicos, estarían irremediablemente condenados al fracaso. De ningún modo, si para el médico de antaño la balanza no dejó de ser un instrumento o una herramienta aparte y distinta, para el médico de hoy la inteligencia artificial no es un bien usable o una simple herramienta de la que se vale para diagnosticar y prescribir. El médico ya no pregunta dónde ni qué duele, sino que responde a la industria médica y farmacéutica, a la lógica global de estadísticas y predicciones algorítmicas que se vinculan con un sistema de salud a nivel mundial. Así se fue de la imaginación y la fantasía, pasando por la racionalidad positiva empírica, hasta una red mundial de conexiones de datos, algoritmos y plataformas. Como señala Foucault:

La clínica invocada sin cesar por su empirismo, la modestia de su atención y el cuidado con el cual deja venir silenciosamente las cosas bajo la mirada, sin turbarlas con ningún discurso, debe su importancia real al hecho de que es una reorganización en profundidad no sólo del discurso médico, sino de la posibilidad misma de un lenguaje sobre la enfermedad. La contención del discurso clínico (proclamada por los médicos: rechazo de la teoría, abandono de los sistemas, no filosofía), indica, en secreto, esta reserva inagotable a partir de la cual ella puede hablar: la estructura común que corta y articula lo que ve y lo que dice. (FOUCAULT, 1983, pp.14-15).

Hoy nos enfrentamos a una mirada clínica que no proviene del ojo médico sino de una máquina, los resultados del laboratorio analítico, de antemano sin la necesidad de la intervención humana del médico, establecen un diagnóstico sustentado en bases de datos y algoritmos que corren por plataformas. Lo que el médico ve es lo que el objeto técnico le señala, lo que el médico dice es el resultado del diagnóstico arrojado por combinaciones algorítmicas. Pareciera que el médico es el instrumento de la tecnología.

Desde el siglo XVIII hasta estos días, la relación entre cultura y naturaleza ha sido pensada como cosas separadas, se intentó unir las por medio de la fantasía o por medio de la racionalidad crítica, hoy, sin embargo, el carácter técnico de los procesos naturales y culturales se ha fundido en la inteligencia artificial, porque como dice Foucault “lo que cuenta en los pensamientos de los hombres no es tanto lo que han pensado, sino lo no-pensado, que desde el comienzo del juego los sistematiza, haciéndolos para el resto del tiempo indefinidamente accesibles al lenguaje y abiertos a la tarea de pensarlos de nuevo” (FOUCAULT, 1983, p. 15) lo que cuenta en el pensamiento de los médicos no es la fantasía ni la racionalidad crítica sobre el cuerpo y la enfermedad, sino el lugar de la tecnología en esa antigua relación entre salud y enfermedad.

Medicina algorítmica, finitud y lenguaje

Si como dice Foucault “el hospital, como la civilización, es un lugar artificial en el cual la enfermedad trasplantada corre el riesgo de perder su rostro esencial” (1983, p. 36) la pregunta que hoy se puede hacer es ¿cuál es el riesgo de que la enfermedad pierda su rostro esencial si en la actualidad la inteligencia artificial es el lugar en donde el hospital y la civilización interactúan? En el interés de conocer dónde se encuentra la inteligencia artificial entre las dos formas de proceder de la medicina, entre la que espera y la que actúa, por ejemplo, entre la homeopatía y la alopátia, parece que la prescripción médica ya no se sitúa en el ámbito familiar, hospitalario ni médico, sino que muchas veces depende de la consulta en internet o en las aplicaciones. Lo cual significa que la espera o la actuación está mediada por los algoritmos. Frente a una medicina positiva una medicina algorítmica. Lo cual plantea la pregunta de la relación entre lo positivo y el algoritmo con la finitud del hombre tal y como se conoce hoy.

La posibilidad para el individuo, de ser a la vez sujeto y objeto de su propio conocimiento, implica una inversión en la estructura de la finitud. Para el pensamiento clásico, ésta no tenía otro contenido que la negación de lo infinito, mientras que el pensamiento que se forma a fines del siglo XVIII le da los poderes de lo positivo: la estructura antropológica que aparece entonces desempeña a la vez el papel crítico del límite y el papel fundador de origen. Esta vuelta es la que ha servido como condición filosófica para la organización de una medicina positiva; a la inversa, en el nivel empírico, ésta ha sido la primera abertura hacia esa relación fundamental que ata al hombre moderno a su originario fin. De ahí el lugar fundamental de la medicina en la arquitectura de conjunto de las ciencias humanas: más que otra está ella cerca de la estructura antropológica que sostiene a todas. De ahí también su prestigio en las formas concretas de la existencia: la salud sustituye a la salvación, decía Guardia. (FOUCAULT, 1983, p. 277)

Si para el pensamiento clásico la negación del infinito era sustancial en la producción de conocimiento y en las formas de relación social, y para el pensamiento moderno los poderes de lo positivo le proporcionan en forma crítica a la estructura antropológica las nociones de límite y origen ¿cuál será la sustancia que le otorguen a los humanos en esta época “los poderes” de la cibernética y con ello de la inteligencia artificial?

Donde la finitud de lo humano, el límite y el origen sugieren haber sido tocados de vuelta por la infinitud que los objetos técnicos y sus algoritmos tienen en su existencia, donde el límite y el origen parecen estar rebasados por la encarnación de la vida en la técnica. No hay límite, no hay origen no hay finitud.

Si alguna vez la finitud del hombre se vio aliviada por la salvación divina del alma y su promesa de vida eterna en el más allá, hoy la crítica, la salvación efímera en la salud, el origen y su límite, se vuelven a ver animadas por la incalculabilidad prometida por la tecnología y por la trascendencia humana en los algoritmos propios de la inteligencia artificial ilimitada. Extraña relación entre el nacimiento de una fantástica epopeya cifrada en la cibernética, a manera de un gran mito fundacional, y la materialidad, la positividad del vínculo del hombre, de la especie con un sinfín de transformaciones históricas reales, incluyendo la del cuerpo biológico del hombre, de su genética y de sus cromosomas.

Se tenía el lenguaje eterno desde sus soporte más arcaicos y siempre presentes expresados por el cuerpo, el grito, la risa, la palabra, los gestos hasta los runas y jeroglíficos más antiguos, pasando por pergaminos, palimpsestos, todos ellos continuados por los mapas y por los libros de papel, libros electrónicos y las comunicaciones electrónicas. Todo lo anterior envuelto ahora en sistemas cibernéticos autónomos que producen subjetividades formas de pensar, estilos de vida y, por supuesto, maneras de enfermar y de curar. Se trata de un control biopolítico y cibernético de la vida, del lenguaje y del trabajo y, por lo tanto, de la enfermedad y de la muerte.

Hoy no están más los dioses, pero está el sistema que todo lo ve, todo lo puede, todo lo sabe y todo lo hace; nadie escapa, ya no digamos a su flamígero dedo virtual, sino a la fuerza de sus algoritmos, de su sabia y divina inteligencia artificial. Aquella irrupción de la finitud para el hombre moderno que aparece ligada a su positividad, a su empiricidad y a su estrecha relación entre la subjetividad y la objetividad, es la finitud objetiva y racional, en el origen y en el límite, que coloca al hombre frente a la muerte que es su propia muerte. El hombre se re-articula en un magma de significaciones que navegan en una nave cibernética que replantea la extensión y la tensión infinita de otra relación del hombre frente a la muerte, frente a sí mismo y su fin; dicho con palabras de Stiegler, la inteligencia artificial, “[...] la técnica, como ‘proceso de exteriorización’, [como] la continuación de la vida por otros medios que [no son] la vida” (STIEGLER, 2002, p. 36)

En la actualidad no se trata de un desprendimiento de la racionalidad, de la positividad, de un abandono de la ciencia o de la materialidad alcanzada desde fines del siglo XVIII, para volver a un mundo donde la palabra se confundía con un invisible, innombrable e inexistente objeto. Es de nueva cuenta un reacomodo, una reorganización del lenguaje, de la vida y del trabajo, pero en un espacio, tiempo y objetos muy distintos que hicieron su aparición, a mediados del siglo XX, por medio de la internet y objetos técnicos, que han alcanzado vertiginosamente dimensiones insospechadas frente a la lentitud del pensamiento y la palabra. La tecnología se ha fugado velozmente sólo para que la humanidad se percate que está fundida a sus cuerpos y a sus pensamientos, pero, como si se hablara del inconsciente freudiano, poco o nada se puede decir de ella. Curiosa contradicción, por una parte, es posible pensar, programar, diseñar y armar objetos técnicos hasta llegar a la propia inteligencia artificial, pero, por otra parte, se es incapaz o se está muy limitado para

comprender, pensar, percibir y sentir los alcances de esos objetos. Por lo que dicha inteligencia provoca en la subjetividad, en las formas de vida, una seria amenaza a lo desconocido.

Como en la carrera entre la liebre y la tortuga, de la fábula de Esopo, la palabra nunca alcanza lo pensado, el pensamiento no conoce lo hecho, la del enfermo de mediados del siglo XVIII invisible y oculto y la del médico incapaz de reconocerse en el laberinto de su propio discurso, la distancia es permanente. La del médico moderno del siglo XIX que ilumina el cuerpo del enfermo y desentraña la enfermedad de un modo objetivo, crítico y racional, con el apoyo de la ciencia. Y la de un médico que no necesita ocultar a ningún enfermo con su discurso fantástico ni iluminar ningún cuerpo con su ciencia objetiva, es decir, de un médico y un enfermo que transitan por los pasillos hospitalarios de una red de conocimientos, prácticas, diagnósticos y prescripciones cibernéticas, robóticas y algorítmicas que poco o nada se percibe en la clínica moderna analizada por Foucault en su libro *El nacimiento de la clínica*.

El centro de la discusión actual, con respecto a la relación médico-enfermo, está en la relación de lo percibido y el lenguaje, como en otros tiempos. ¿Qué es lo que hoy percibe un médico signado por la tecnología y la inteligencia artificial? y ¿qué relación tiene eso percibido junto al robot Da Vinci con el lenguaje de las máquinas? ¿Cuál es la experiencia actual de la medicina, como saber y hacer, frente a la industria médica y al mercado farmacéutico altamente tecnologizado? Lo que empezó siendo una medicina instrumental se ha convertido en una intervención robótica, no sólo a nivel quirúrgico, de diagnóstico clínico y de análisis de laboratorio, sino sobre todo de prescripción médica sustentada en algoritmos. Es verdad que el nacimiento de la clínica, de la medicina moderna, hizo aparecer los espacios, las clases, la conciencia política, el estudio anatómico de los cadáveres y la sintomatología de las enfermedades, y además hizo visibles las carnes, los huesos, los fluido séricos, la sangre, las bacterias y los virus observados y recogidos del hombre; también es verdad que el positivismo médico se olvidó de los cuerpos y se refugió en los manuales, en los casos y en las estadísticas, haciendo desaparecer al hombre que con tanto entusiasmo había hecho nacer junto con la clínica.

Reflexiones finales

¿El discurso médico sobre enfermedad y salud en la era de la inteligencia artificial trata de algo nuevo totalmente distinto y ajeno a nuestra historia? O más bien lo que sucede es una reorganización de aquello que ya estaba ahí. Hay un nuevo orden del lenguaje, de la cultura y de las formas de consumo, pero también hay cosas que ponen en riesgo no sólo la organización política, sino a la vida misma. Si lo que caracterizó al nacimiento de la clínica fue la aparición de un cuerpo sólido, profundo, que saca a la luz la enfermedad, que la hace visible, “[donde] Se tiene la impresión de que, por primera vez en milenios, los médicos, libres al fin de teorías y de quimeras, han consentido en abordar, en la pureza de una mirada no prevenida, el objeto de su experiencia” (FOUCAULT, 1983, p. 274), entonces se podría decir que se trata de una mirada otra. No de otra mirada que viniendo de un extraño planeta inventara una forma de ver ajena por completo al cuerpo y a la enfermedad, sino una mirada otra que, teniendo una base común en: el sujeto, que es el médico

que mira, y el objeto que es el enfermo y su enfermedad; una base anterior, un conocimiento previo, que ahora sólo y sencillamente ha “decidido” ordenar, clasificar, diagnosticar y prescribir de otra manera. El médico, con un lenguaje distinto recorta y pega lo que claramente observa en un cuerpo. Aquella simple pregunta ¿dónde le duele? entraña un abismo insondable frente a la cuestión ¿qué le duele? El “dónde” señala o intenta describir una parte realmente existente del mal, del daño o de la afección. El “qué” se detiene en la fantasía del médico, en su imaginación que se entrecruza con el dolor a lo que se suma lo que el enfermo quiere o cree saber sobre el mal que le aqueja, así se cruzan dos invisibles e impalpables discursos que no tienen un objeto, un cuerpo como referente, sino un conjunto de creencias y sensaciones expresadas en forma abstracta.

¿En la era de la inteligencia artificial habrán cambiado las formas de visibilidad o seguimos viendo del mismo modo a los enfermos como lo hacían Bichat y otros médicos modernos de finales del siglo XVIII? O bien, ¿miramos con ojos pre-técnicos los objetos técnicos que hemos creado, es decir, miramos y pensamos pre-técnicamente la inteligencia artificial que hemos producido y que, simultáneamente, nos ha parido en una especie de parto suspendido donde no alcanzamos a reconocer la matriz de la que hemos sido expulsados? Por lo que nos horrorizan o complacen de manera desorbitada la existencia de objetos, procesos y operaciones tecnológicas altamente desarrolladas. Para bien o para mal, se les mira en una existencia paralela a la humana, cuando no sólo se trata de una coexistencias pacífica o violenta de dos mundos separados, el de la técnica y el de la cultura, sino todo lo contrario, se trata de una sola vida-técnica, de una existencia tecnológica de la vida, que es pacífica y violenta, que reúne lo que hasta hace poco separábamos como naturaleza y espíritu, como organismo biológico y colectivo social.

Cómo existir simultáneamente en un espacio virtual eterno y al mismo tiempo vivir respirando, con sangre en las venas, y muriendo. Habrá una generación que heredará genes modificados por algoritmos a sus sucesores y a muchos otros seres vivos, desde virus y bacterias hasta especies completas de plantas y animales. Quizá habrá humanos encarnados en máquinas y objetos técnicos biológicos, todos ellos operando en un universo cibernético, esto no parece estar en el futuro, sino que es una realidad presente. Ni utopía ni distopía, en todo caso ambas: civilización y barbarie. El mundo nunca ha sido lo que debería ser sino lo que es, precisamente para provocar lo histórico, la diferencia, el movimiento del hacer y del pensar como verdad y error, no para hacer lo que debiera ser el mundo sino para transformarlo en un mundo otro, no en otro mundo, sino en este que es el que habitamos, para intentar pensar lo no pensado.

Referencias

CONSTANTE, Alberto. **Silicolonización. La subjetividad arrebatada.** México: Viceversa y FFyL-UNAM, 2022

CANGUILHEM, Georg. **Escritos sobre medicina.** Buenos Aires: Amorrortu, 2004

ESPOSITO, Roberto. **Bios. Biopolítica y Filosofía.** Buenos Aires: Amorrortu, 2011

FOUCAULT, Michel. **El coraje de la verdad**. Buenos Aires: FCE, 2010

FOUCAULT, Michel. **El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada técnica**. México: Siglo XXI, 1983

FOUCAULT, Michel. **El poder una bestia magnífica**. México: Siglo XXI, 2013

FOUCAULT, Michel. **Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012

FRANKISH y RAMSEY en VILLALBA, Jairo, Problemas bioéticos emergentes de la inteligencia artificial, **Diversitas, Perspectivas en Psicología**, Bogotá, vol. 12, núm. 1, 2016, p. 137-147, DOI: <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.15332/s1794-9998.2016.0001.10>

KLOSSOWSKI, Pierre. **La moneda viviente**. Córdoba: Alción, 1998

PLATÓN. **Fedón**. Madrid: Gredos, 1997

SIMONDON, Gilbert. **El modo de existencia de los objetos técnicos**. Buenos Aires: Prometeo, 2007

STIEGLER, Bernard. **La técnica y el tiempo 1. El pecado de Epimeteo**. País Vasco: Hiru Argitaletxea, 2002

UNESCO. **Recomendación sobre la ética de la inteligencia artificial**. París: ONU, 2021

WINNER, Langdon. **La ballena y el reactor. Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología**. Barcelona: Gedisa, 2008

Submetido: 06/09/2023

Aceito: 23/10/2023